

fuente perenne de amor y de virtud. En ese reino entrarán los débiles ancianos, que muchos pueblos estrellaban, por creerlos inútiles, en las piedras de sus muros. En ese reino entrará el esclavo, que no era el hombre, el esclavo que habia encontrado un padre en el Señor. En ese reino entrará el niño, porque en el niño se renueva diariamente la primitiva naturaleza del mundo, la primera inocencia del hombre. Ese reino será universal, y se extenderá por todas las zonas de la tierra, y acogerá á todas las razas humanas como el cielo que cubre todas las frentes, como el rayo del sol que así corona la cima de las montañas como se extiende por la profundidad de los valles. El hebreo, el pueblo escogido, como tiene el corazon cerrado á la esperanza verdadera y abierto á falsas esperanzas; como se empeña en quedarse en su templo de piedra cuando Dios ha levantado otro templo más grande en el espíritu; como prefiere su reino de un día limitado por las montañas y los desiertos á ese otro reino de todos los tiempos que se pierde en las riberas de la eternidad; como se cree en su orgullo único sacerdote cuando el Verbo ha llamado al sacerdocio todas las gentes; será excluido de ese reino, como el mal vendimiador fué arrancado de la viña por haber herido al hijo de su señor; y será pospuesto al publicano y á la prostituta, si no derrama lágrimas, y arrepentido y contrito prefiere á la circuncision

del cuerpo la circuncision del espíritu; si no levanta sus brazos á Dios, y le bendice por haber mandado á su Hijo, no sobre las nubes y los relámpagos y el rayo, sino sobre el ignominioso madero de la Cruz.

Jesús llama á su reino á todos los hombres. Mas para entrar en su reino les exige renovacion del alma, limpieza del corazon. Es imposible, absolutamente imposible ser dignos del reino divino, si no enderezamos en toda nuestra vida el corazon al bien y la inteligencia á la verdad. La decadencia del mundo moral solo podia curarse con el nacimiento de un ideal nuevo de virtud, pero tan claro como el sol en Oriente. Este ideal hermosísimo, deslumbrador, era la doctrina de Cristo, la ley del Evangelio que renovaba el mundo moral. Así para prepararse á esta verdad, el hombre antiguo, el hombre del error necesitaba un bautismo poderoso, que lavara las abominaciones de la tiranía, oscuras manchas de su alma. Este bautismo era como el baño en que perfumaba su alma para recibir dignamente al que venia á dar fin á la muerte y principio á la eterna verdadera vida. Mas para llegar hasta comprender la verdad cristiana, era necesario separar los ojos del mundo, apercibirse á un continuo cruento sacrificio, aislarse de toda vida que no fuera la vida del espíritu, romper todos los lazos que podian atar al hombre á la tierra, pedir la verdad divina en la

seguridad de que todo lo demás sería concedido por añadidura; y sustituyendo á la ley antigua inflexible el sentimiento interior del bien, la norma de moral ingénita á la conciencia, el amor á la justicia en sí, ennoblecer y purificar las acciones por la elevacion y la pureza de los motivos, para que no se mezclara de ninguna suerte á nuestra alma ni una mancha, ni un átomo del tosco miserable barro de la tierra, que pesando sobre sus alas le quitarían el impulso para llegar al cielo. Mas Jesucristo exigía la fé, la confianza en Dios. El mundo había confiado en la espada de muchos conquistadores, en la fuerza de muchos ejércitos; ya era hora de que confiase en Dios, en una fuerza espiritual, capaz de remover las montañas. Esta fé es la virtud por la cual se ha de propagar el Cristianismo. Mas la fé se dirige muy principalmente á los desvalidos, á los enfermos, á los desgraciados, á los ignorantes, á todos los que necesitan una restauracion material ó moral. La restauracion del mundo por la fé va á cumplirse. Abriránse las puertas de los circos, entrarán en ellos los seres débiles, y recibirán la muerte con la sonrisa en los labios y los ojos perdidos en el cielo. Se abrirán las entrañas de la tierra, y entrará el hombre en el seno de los catacumbas, y en aquellos sepulcros encontrará la vida, y en aquella oscuridad una luz más viva que todos los resplandores del día. Jesucristo era

el ideal de la verdad realizada. El hombre difícilmente ama la verdad abstracta. Puede comprenderla, puede seguirla, puede enaltecerla; pero amarla con este amor vivo, profundo, con que el hombre ama á sus semejantes, no podrá nunca. Por eso en los altos destinos de la Providencia y de la historia, era necesario que la verdad descendiera á la tierra vestida con nuestra carne, animada con nuestra sangre, revelada en nuestra misma palabra, expuesta á nuestros dolores, á nuestras mismas tribulaciones, vertiendo lágrimas y llegando hasta la muerte; para que así la verdad hablara á todo el hombre, á nuestra carne, á nuestra sangre, á nuestra palabra, á nuestros dolores, á nuestras tribulaciones, á nuestras lágrimas, á nuestra muerte como hablaba al corazón y á la inteligencia. Y por eso Dios se hizo hombre, y habitó entre nosotros, y tuvo frío en el establo, y hambre en el desierto, y tentaciones en la soledad, y escarnios en su predicacion, y enemigos en su camino, y discípulos que lo vendieran y lo negaran, y miedo en el instante de apurar su cáliz, y desesperacion cuando preguntaba al cielo por qué le había abandonado, y amargura cuando apuró la hiel y vinagre, y paciencia cuando el pueblo movía con mofa la cabeza diciéndole que bajara de la cruz, y dolor y angustia sobre todos los dolores y todas las angustias del mundo, cuando su cuerpo desfalle-

cido por la última herida de la muerte se desplomaba bajo sus desgarradores clavos, y su alma se exhalaba de sus cárdenos labios con el último aliento de la vida; y solo así pudo decirnos que le siguiéramos hasta el sacrificio como él nos había seguido hasta la muerte.

Inmediatamente despues de la fundacion de la Iglesia, debian formularse las promesas de la nueva religion á los mortales. El porvenir debia centellear á los ojos de esta religion con luz desconocida y siempre nueva. El primer paso del Cristianismo debia levantar en el mundo una guerra sin tregua, pero una guerra en que no sabrian matar, sino morir sus discípulos. Las instituciones privilegiadas, los dioses materialistas, los falsos oráculos, las religiones fantásticas y magas, las aristocracias teocráticas debian levantarse, interponerse en su camino, cerrarle todas las vías con fuego y sangre; porque el espiritua-lismo cristiano habia de destruir y aniquilar la antigua organizacion religiosa, que llevaba en su seno la desigualdad natural, y como consecuencia precisa, la esclavitud de los hombres. La guerra, como decia Jesús, la guerra inmediata es la consecuencia de la predicacion de la doctrina; pero guerra en que unos derramarán sangre humana y otros palabras de amor y de consuelo hasta sobre sus mismos verdugos. De esta guerra saldrá la paz. Jesús reconoce que es necesario lu-

char para que llegue algun dia la hora del descanso. En su doctrina tiene fé, y aun tiene fé mayor, si cabe, en el triunfo de su doctrina. El grano arrojado en el campo brotará con fuerza. El rayo del sol le dará vida, la tierra jugos, las aguas alimento y hasta el huracan y la tempestad y el sopló abrasador lo sazonarán para el dia feliz de la cosecha. Un poco de levadura arrojado en la harina hará la sabrosa masa del pan de la vida, que ha de hartar las generaciones hambrientas de justicia. Sí, Jesús promete que una lágrima suya caida en nuestra vida, una palabra suya depositada en el seno inmortal de nuestra conciencia, una gota de sangre suya infundida en nuestras venas, un suspiro suyo derramado en nuestro corazon, un beso de su eterno amor suspendido en nuestros labios, un reflejo de su conciencia caido como un resplandor del cielo sobre nuestra alma, bastarán para matar la injusticia, para encadenar el privilegio, para unir en paz y amor á todos los hombres, para fundar la libertad natural, para restaurar la nocion del bien borrada de nuestra mente; y esta misma confianza tenemos nosotros, hijos del siglo xix, en que el Evangelio, así como ha sido una idea religiosa para los siglos pasados, ha de ser para los siglos futuros, además de una idea religiosa, que es su principal carácter, una gran idea social que haga imposible para siempre la servidumbre entre los

hombres, dilatando la verdad hasta los últimos límites y las últimas razas de la tierra. Pero no es solamente la promesa del reino de Dios en la tierra lo que nos guarda Jesucristo. Su mirada se levanta más allá y se pierde en el cielo, de quien es enviado. Y con los ojos puestos en el cielo enseña que pasarán todas las cosas como sombras vanas, se apagarán los astros como pavesas arrastradas por el viento, y vivirá este gusanillo de la tierra que se llama hombre. La inmortalidad del alma, tan clara, tan manifiesta en las páginas divinas del Evangelio, es la verdad que más ha exaltado nuestra naturaleza. Mas para que el alma no caiga en eternas sombras, en fuego eterno, es necesario que su tránsito por la tierra sea tan puro como el vuelo de la paloma por el cielo, porque el camino de la vida es áspero, los obstáculos muchos, nuestras fuerzas pocas, los dolores incesantes, el cáliz de amargura siempre está rebosando sobre nuestros labios, y un día vendrá á resucitarnos la muerte para conducirnos en presencia de nuestro eterno juez, y es preciso que nos encuentre cumpliendo el deber, practicando la virtud, ocupados en el trabajo, que es la ley de nuestra existencia, con la luz de la conciencia encendida y viva para que así nuestra alma repose eternamente en el regazo de Dios.

Pero la primer pregunta que al mundo incrédulo de aquella edad se ocurre es, ¿quién será este

hombre que así se levanta sobre los demás hombres? Jesucristo se ofrece desde luego como el hijo de Dios, porque sólo siendo hijo de Dios podía restaurar la inocencia perdida y encadenar el mal por un medio sobrenatural y con una eficacia incontrastable, porque sólo siendo hijo de Dios era la gracia; y al mismo tiempo Jesucristo se ofrece como hijo del hombre, porque sólo siendo hijo del hombre, sujeto á la ley de nuestra vida, podía ofrecer un modelo imitable para el hombre, un ideal asequible á nuestra flaca naturaleza; porque si como hijo de Dios era la gracia y el cielo, como hijo del hombre era la libertad y la vida. Así Jesucristo debía hacer su obra permanente y debía asociar á esa obra todos los hombres. No bastaba que hubiera aparecido un día en un rincón del espacio el Dios-Hombre, era necesario que su imagen y su doctrina se difundiese por toda la tierra y se dilatase por todos los tiempos. En el hombre hay dos fases; una individual, otra social. Para hacer religiosa la manifestacion individual de nuestra naturaleza, Jesús establece la oracion; para hacer religiosa la manifestacion social, Jesús establece la Iglesia. En ella se deben asociar todos los hombres, en ella se debe realizar una de las grandes categorías cristianas, la fraternidad universal. Así la Iglesia es como la misteriosa lámpara que ha de guardar la esencia resplandeciente del Cristianismo, como el ara eterna donde ha

de recibir el Dios de la humanidad el eterno sacrificio espiritual, distinto de los antiguos sacrificios sangrientos. De la Iglesia antigua, de la sinagoga, sólo quedaba cuando apareció el salvador, ritos sin espíritu, ceremonias sin sentido, prácticas sin trascendencia espiritual, un cuerpo sin alma. Era necesario fundar la Iglesia universal, la Iglesia del espíritu sobre los restos de los antiguos templos. Esta divina mision fué confiada á San Pedro, como atestiguan todos los evangelistas. Para entrar en la Iglesia de Jesucristo es necesario el bautismo, en cuyas limpias y trasparentes aguas se bañaba el espíritu recobrando toda su pristina pureza, toda la transparencia que tenia cuando volaba desde el seno de Dios al seno del hombre en el primer instante de la creacion; y para perpetuarse en la Iglesia es necesario la comunión del hombre con su Dios, que en la última cena dejó á los mortales su sangre y su cuerpo, como les habia dejado en su testamento su espíritu para que se confundieran con Jesucristo y se identificaran con su doctrina y con su vida.

No se debe, pues, confundir el Cristianismo con ninguna de las sectas de su tiempo. Dentro del judaismo, donde la doctrina cristiana aparece, no tiene más precedente que el precedente religioso, los símbolos de la ley, las predicciones de los profetas. Pero el Cristianismo no se parece al fariseismo, porque éste es una religion material

del sentido, exclusiva, egoista, aislada, que nada dá al espíritu y todo á la letra, que hace consistir el bien en las ceremonias y no en las prácticas de la virtud, que busca en el hombre la obediencia pasiva y no la libertad, que no trata de investigar la bondad del espíritu, sino la devocion exterior; la oracion dicha á grandes voces, el sacrificio celebrado en medio de grande y portentoso fausto; religion hipócrita que trata de engañar á Dios como engaña á los hombres; religion que es una recrudescencia del mal, porque hace cómplice de sus vicios las ideas más venerandas y sagradas; religion que ha sido herida de muerte y condenada para siempre por el Divino fundador del Evangelio. El fariseismo, pues, tal como era en tiempo de Jesus, no podia constituir una religion, no podia constituir un precedente de la verdad cristiana. Es verdad que habia hecho un gran servicio al mundo conservando puras las ideas de Israel; es verdad que habia elevado al pueblo sobre todos los pueblos de la tierra, dándole aquella constancia sin la cual nunca hubiera cumplido su destino religioso ó histórico; pero tambien es cierto que sobradamente apegado á sus tradiciones, habia vuelto la vista á sus espaldas, habia petrificado su doctrina y habia hecho de todas las ideas religiosas de su siglo como altares sin dioses, como símbolos sin sentido, como cuerpos sin alma. Y si del fariseismo no se habia derivado el Cristianismo,

menos aún podía derivarse del sentido religioso de los saduceos. Estos querían doblegarse ante todas las gentes, mientras Jesucristo imponía á todas las gentes sus doctrinas. Estos eran como esclavos que obedecen á todos los señores y su conciencia como el movable espejo de las aguas que reflejan todos los objetos, mientras Jesucristo iba á concluir con toda la esclavitud del espíritu y á derramar en todas las conciencias oscurecidas y empañadas su divina idea. Con la secta que más relaciones, según el vulgar sentir, tiene el Cristianismo, es con la secta de los esenios. Nosotros no negamos alguna semejanza en particularidades de las dos doctrinas, pero no reconocemos paridad ninguna en el fondo. El cristiano, como el esenio, es humilde; el cristiano, como el esenio, desprecia las riquezas; el cristiano, como el esenio, quiere un culto más espiritual que el culto antiguo; el cristiano, como el esenio, se aparta de la sinagoga; pero el cristiano tiene sobre el esenio la verdad de su Dios, la ley moral positiva y práctica, el sentimiento de justicia que acoge á todos los hombres, la universalidad de su doctrina superior á tiempos y á climas, y aquel amor á la humanidad que le hará vencer y dominear todas las fuerzas del mundo congregadas en su daño, porque el cristiano es el dueño del porvenir y el soldado de Dios. No queremos hablar de las doctrinas religiosas que habían perdido

el sentido purísimo de Israel, no queremos hablar de la Kábala, que era en el judaísmo lo que el Panteón de Roma en el paganismo, pues recibiendo todas las theurgias, congregando todos los dioses, admitiendo para interpretar sus ideas la religión de la Persia, de los egipcios, de los caldeos, de los indios mismos, habían hecho de aquella religión antes sencilla, concreta, clara, un caos en que vagaban perdidas, aglomeradas, como en un dédalo infernal, todas las ideas religiosas del Oriente. No juzguemos por Dios, señores, este momento supremo de la historia con las ideas estrechas y vulgares de nuestras preocupaciones. Levantémonos sobre todo espíritu de secta, y tendiendo los ojos al mundo, miremos su estado, su situación extraordinaria. El espíritu humano había llegado á sus más altas ideas, á sus más sublimes concepciones en la escuela platónica y en la escuela estoica; el derecho romano, rompiendo el recinto de la ciudad, se levantaba como una corona de luz sobre la frente de todas las razas; el paganismo sentía deslizarse bajo su corona de verbena, bajo su manto de estrellas, en la copa donde bebía su vida, el veneno de una muerte cierta, y enviaba al Panteón todos sus dioses como si tratara de ponerlos bajo el amparo incontrastable de Roma; la antigua ciencia de Oriente iba á Alejandría á pedir auxilio á su eterna enemiga la ciencia de Occidente, para contrastar la nueva religión; el mun-

do, como blanda cera, se dejaba modelar por las manos de Roma; las razas perdian sus instintos de aislamiento y de egoismo y se abrazaban bajo la idea de humanidad; un presentimiento de una nueva verdad, de un nuevo Dios, agitaba la conciencia de pensadores como Séneca, y la lira de poetas como Virgilio; el hombre sentia en su seno esa tristeza que se apodera de las generaciones cuando van á entrar en grandes luchas, cuando van á cumplir grandiosos destinos; y en esta situacion extraordinaria del espíritu, el cielo mandó sobre la tierra su luz, su verbo, el Cristianismo, para que anegara los tiempos pasados y diera una nueva edad de justicia y de derecho á su hija predilecta, á la sublime humanidad.

¡Feliz la generacion que vió á Jesucristo, que pudo distinguir sus huellas más luminosas que la estela en el mar; y oír su palabra más regalada que la fresca brisa sobre la abrasada luz del caminante perdida en el desierto; y contemplar su figura ideal, casta, hermosísima; y recoger su mirada más dulce que el primer reflejo de la primer estrella de la tarde; y ver sus maravillosísimos milagros; y contemplar su peregrinacion por la tierra, su amor al pobre, su compasion por el desvalido, sus tiernos coloquios con el hijo del pueblo despreciado por la antigua sabiduría, y recibir de sus labios, de sus mismos labios tan puros como la primer flor que abrió su cáliz sobre

la creacion, aquella doctrina, sencilla como un idilio, como una égloga, y profunda é inagotable como no lo fué ni será nunca la sublime filosofia; aquella doctrina que se levantaba sobre tantos errores, aquella doctrina que el Salvador daba á sus discípulos, sencilla, amorosamente, ajustándose á sus necesidades y á su espíritu, como el ave dá á sus hijuelos en el nido el dorado grano de trigo; y ¡felices los que recogieron aquella eterna palabra, que habia de ser el eterno eje de la civilizacion, la esencia del espíritu! Pero, señores, no nos dejemos llevar de nuestras preocupaciones, no doblemos la frente al materialismo, no creamos más felices que nosotros á los que vieron á Jesús, á los que tocaron sus ropas, á los que oyeron su palabra; porque nosotros, que hemos oido su voz repetida por diez y nueve siglos, que hemos visto su doctrina triunfando de todos sus enemigos, que tocamos sus obras, que asistimos á su reino, que vemos la mujer convertida á su dignidad primitiva, el esclavo emancipado, la igualdad religiosa y civil garantida, la civilizacion dilatada, el espiritualismo cristiano reinando en la mayor parte de la tierra, somos más felices, mucho más felices que los que vieron á Dios y no le entendieron, que los que escucharon su doctrina y no acertaron cómo esa doctrina habia de cambiar el rumbo de la historia, cómo esa doctrina no era solo una nueva teología, una

nueva ciencia, sino tambien una nueva vida.

Y en efecto, señores; los primeros cristianos que rodeaban al Salvador, no comprendieron toda la extension de sus doctrinas, toda la universalidad de sus ideas. Encerrados en la antigua sinagoga, no tenian valor para apartarse del pié de su altar, creian que al pisar las puertas del templo, les habia de sorprender y herir el rayo de la cólera divina si no conservaban puro el depósito de su antigua fé, de su primitiva doctrina. Así los primeros discípulos, á pesar de haber oido aquella palabra de Cristo tan extensa como el cielo, y aquellos latidos de su corazon, en el cual cabia toda la humanidad; apegados á sus antiguas tradiciones creian que Jesús habia venido á fundar un reino transitorio, á restaurar el antiguo reino de Israel. Y los primitivos cristianos, las primeras muchedumbres que se acercaron á ver á los Apóstoles, interpretaban su doctrina en el sentido de que Jesús no habia venido á renovar el espíritu religioso de los hebreos, sino á confirmarlo. Creian que Jesús era solo un continuador de Moisés, y su doctrina un apéndice de la Biblia, y su templo una piedra más en los fundamentos de la antigua sinagoga. No comprendian que la ley antigua era un símbolo y la nueva ley un espíritu; que la ley antigua era un resplandor y la nueva ley un eterno día; que la antigua ley era un prólogo y la nueva ley la fórmula última de toda la verdad

religiosa. Jesucristo, para ellos, habia venido á demostrar la verdad de la ley antigua, á manifestar la gloria del Dios de Judá, á afirmar la vida de Israel y extender su dominio por toda la tierra. Los dos partidos principales en que se dividia Israel, muestran con su conducta, respecto á los primitivos cristianos, cuán fundada es nuestra observacion. Los fariseos, tan enemigos de Cristo, en el instante en que oyeron á los primeros cristianos predicar transacciones con la sinagoga, se inclinaron, no á favorecer, pero sí á tolerar su doctrina, como una nueva arma empleada contra el poder romano, como un nuevo elemento de disturbio en aquella Jerusalem sujeta á extranjero yugo, como un nuevo espíritu de revolucion deramado en los aires. Los saduceos eran más enemigos de los cristianos, porque siempre inclinados á transigir con Roma, temian que Roma, al ver aquella gran agitacion en los ánimos, aquellas extraordinarias luchas en las conciencias, recrudeciese su persecucion y remachase sus cadenas. Así se levantaba, señores, tímidamente el primer tallo de esta doctrina santísima sembrada por el Salvador en la conciencia humana, para convertirse bien pronto en un árbol de vida destinado á proteger y amparar bajo su benéfica sombra á toda la humanidad.

Los apóstoles continuaban la inspiracion de su Divino maestro. El Cristianismo tenia una fuerza

incontrastable, primero por su carácter divino, despues por su carácter popular. Todas las señales que daba eran señales de la renovacion de la vida y del espíritu. Las antiguas religiones no podian ser universales, porque ocultaban el dogma sigilosamente al pueblo, y lo reducian á la privilegiada casta sacerdotal. La antigua filosofía, que por ser más humana debia ser más popular, no daba sus dogmas al pueblo. Solamente Sócrates habia conversado con las muchedumbres, y Sócrates pagó su atrevimiento con la vida. Los cínicos solian salir á la plaza á predicar una ciencia con el ejemplo, y los cínicos recogian el desprecio. Las grandes antiguas escuelas ocultaban sus dogmas al pueblo, como las religiones orientales. La verdad era patrimonio de unos pocos elegidos por sus virtudes y por su talento. Pero cuando apareció el Cristianismo, cuando Jesús y sus Apóstoles comenzaron su larga, su trabajosa peregrinacion por la tierra, las grandes verdades metafísicas y las grandes verdades morales, como la naturaleza de Dios, la venida de su eterno Verbo, la realidad de su Providencia, la libertad humana, la vida infinita del alma, fueron sostenidas, predicadas, difundidas al aire libre, en los campos, junto á la barca del pescador, para que el espíritu y la verdad dejaran de ser patrimonio de una clase y pasaran á ser patrimonio de todo el pueblo. Hé aquí, por qué aun humanamente explica-

do el Cristianismo, su doctrina descendió á todos los corazones, se llevó tras sí todas las inteligencias, cambió el aspecto del mundo, se asentó en el alto Capitolio; porque despues de tanto calumniar á las muchedumbres, solo las muchedumbres dan soldados para las grandes luchas y mártires á las grandes causas. Los Apóstoles, para no inspirar desconfianza en el ánimo del pueblo, explicaban la verdad en el estilo y en el sentido bíblico. Y el pueblo gustaba de sus predicaciones; porque mientras los intérpretes antiguos se afanaban por buscar un sentido á la ley, una interpretacion superior á la doctrina, los Apóstoles que habian encontrado la verdad, que habian visto la doctrina cierta, conocian la interpretacion de las escrituras, y mostraban la realidad y el espíritu de sus símbolos. Y así parecia que el cántico de los antiguos profetas tomaba un carácter más solemne, y la ley un aspecto más majestuoso, y la ciencia un sentido más universal con esta interpretacion sublime que explicaba por lo presente lo pasado, y por el Dios del Calvario el Dios de Abraham. Así poco á poco las inteligencias habian seguido el camino abierto por la palabra del Salvador.

A pesar de esta corriente natural de los espíritus, los cristianos verdaderos conocian que su doctrina les habia de separar de la sinagoga. No era posible que los fariseos creyeran en la verdad de un Dios nacido en pobre cuna, criado entre ar-

tesanos, rendido bajo el peso del dolor, muerto en una cruz. No podían imaginarse que el Mesías hubiese venido, y en vez de verter la sangre de los romanos hubiera consentido en verter tan solo su propia sangre. El Mesías en la tierra y los romanos en el trono eran dos ideas que se excluían en la conciencia de los fariseos. Sobre todo, el misterio del dolor, los torrentes de lágrimas vertidas, la sangre derramada en la tierra, la vida atribulada, la muerte del Salvador, todo esto que era la fuente del consuelo y la esperanza de los cristianos; toda esta pasión que llamaba con más fuerza á los elegidos á padecer por el bien de la humanidad y por el desagravio del cielo, era para los fariseos, para los sacerdotes de la ley antigua, para el pueblo judío, una prueba de que el Cristianismo no pasaba de ser una secta humana, sujeta á todas las tribulaciones y congojas de la vida; pues nublados sus ojos por el polvo de la tierra, no podían levantarse á mirar la luz celeste, que inundaba la frente moribunda del Hijo de Dios, cuyo último suspiro envolvía la vida de la humanidad. Hé aquí, señores, cómo la muerte del Salvador que unía en un sentimiento fraternal á los cristianos, separaba y desunía á los fariseos. Los cristianos reconocían que esta separación era inevitable. Y como la verdad cristiana, universal, infinita, eterna, tiene dogmas para todas las grandes crisis del espíritu humano, en esta edad, en

este trance superior de la vida, los Apóstoles pintaban á los ojos de sus recelosos discípulos, y al frente de los incrédulos fariseos, para contrastar la venida del Salvador pobre y humilde en una cruz, aquella otra venida, que se consumará al fin de los siglos, en una nube más sublime que la nube del Sinaí; rodeado con todo el esplendor de la gloria, ceñidas las sienes de la luz increada, rompiendo los sellos del libro de la vida, y juzgando á todos los hombres confundidos ante su majestad y grandeza. Pero si esta gran creencia afirmaba más y más el espíritu de los cristianos en la verdad revelada, separaba más y más del Cristianismo á los fariseos, que no creían que pudiese disponer del rayo y de las nubes el que no había desencadenado la tempestad sobre los enemigos de su pueblo. El rompimiento con la sinagoga era inminente. Los cristianos presentían que el martirio había de ser su porvenir; y rígidos y austeros, tomaban el martirio por una esperanza y el dolor por un premio. Presentían que en cambio de aquella verdad, de aquella fé, de aquella esperanza de salud traídas por su palabra y por su ejemplo, el mundo había de prepararles martirios sin número, y que las llamas, las fieras de los bosques, las piedras de las calles, los hondos calabozos, el potro, el tormento eran todo su porvenir en esta vida de dolor y de tribulaciones, y sin embargo, con rostro sereno, con la sonrisa en los la-